

Abriendo brecha

Marcela Dávalos López

Luise M. Enkerlin Pauwells (coord.), *Abriendo caminos. El legado de Joseph Benedict Warren a la historia y a la lengua de Michoacán*, México, Conaculta/INAH/El Colegio de Michoacán/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Keio University/Grupo Kw'anískuyarhani de Estudios del Pueblo Purépecha/Morevallado, 2012, 504 pp.

En 1769 el padre José Antonio Alzate elaboró el *Plano de la Imperial México*. En él dibujó la ciudad distribuida con cuatro nuevas parroquias, borrando así los lugares en los que franciscanos, carmelitas, dominicos o agustinos todavía mantenían lazos con la población indígena. Ese mapa simboliza muy bien el fin de una larga disputa entre el clero secular y las órdenes religiosas en la capital novohispana, es decir, el *Plano* sirvió para consolidar el poder del episcopado sobre los mendicantes.

Mientras Alzate recorría sigilosamente los barrios para obtener la ubicación de las capillas y trazos de los callejones que alimentarían al plano, se percató —tal como nos lo hizo notar Roberto Moreno de los Arcos— de que la ciudad antigua, aquella en la que habían logrado

sobrevivir rasgos prehispánicos, llegaba a su fin. A su paso vio cómo un monolito se convertía en cimiento de otra construcción. Alzate advirtió que las modificaciones y reformas que se realizaban en su tiempo entrañaban el declive de la ciudad prehispánica. Y entonces intentó recuperar lo que parecía desvanecerse para siempre y, entre otras cosas, elaboró su segundo mapa, titulado el *Plano de Tenochtitlan Corte de los Emperadores Mexicanos, 1789*. Su inquietud ante la desaparición de la ciudad nahua lo llevó a una minuciosa investigación para indagar sobre los rastros y coincidencias que refirieran a la antigüedad prehispánica.

Pero, como es la historia, aludo al padre Alzate para referir otra cosa: la misma pasión con la que *Joseph Benedict Warren* se entregó a traducir el mundo purépecha. Fue él quien comenzó una minuciosa exploración de lo que se había escrito sobre Michoacán desde el siglo XVI. De sólo imaginar las rutas, transportes y mil extrañezas con las que se topó en 1959 al llegar a Pátzcuaro podemos discurrir sobre su interés por Vasco de Quiroga. ¿Quién había sido ese hombre que recorrió maltrechos y riesgos para llegar a un lugar remoto a implantar una utopía? El

libro *Abriendo caminos. El legado de Joseph Benedict Warren a la historia y a la lengua de Michoacán*, es el reconocimiento al trabajo de un hombre sensible que fue capaz de reunir y ordenar un universo de información dispersa sobre los purépechas y tarascos. En cada uno de los estudios presentados en este libro aparecen guiños a Warren, ese hombre nacido en el estado de Nuevo México “en una región multiétnica y multilingüística”, madurado entre el español, el navajo y el inglés y formado por los franciscanos. Warren quería —como nos lo hace saber Rodrigo Martínez— investigar la historia de su natal Nuevo México, pero su profesor, France V. Scholes, lo convenció de que “no entendería nada si antes no estudiaba los antecedentes del siglo XVI en el centro de México” (p. 71). Desde entonces, los textos de Warren remiten a la historia de una tolerancia racial poco común, respaldada por sus más de treinta años de compartir con los indígenas de la cuenca del lago de Pátzcuaro y sus alrededores. A través de esos gestos, los autores de *Abriendo caminos* nos invitan a conocer el mundo tradicional michoacano que también los sedujo a estudiarlo.

En un reconocimiento a su obra, los autores refieren a la historio-

grafía derivada de la trayectoria del maestro, así, *Abriendo caminos* logra transmitir la tenacidad de Benedict a lo largo de su vida, al tiempo que presenta las preguntas derivadas de su obra. Sin perder de vista que escriben desde otro presente, toman distancia de las fuentes documentales para enriquecer el pasado del mundo tarasco y purépecha entre el periodo prehispánico y la Conquista. ¿Cómo ubicar a los documentos en su propio horizonte cultural? ¿Qué hay entre el trayecto temporal de un lienzo producido en el siglo XVI y la recepción que de él tuvieron los religiosos del XVII? ¿Por qué el contexto ilustrado motivó a los letrados a coleccionar códices, pergaminos y legajos del pasado indígena? Y los autores del siglo XIX que enmarcaron lo anterior dentro de una historia positivista ¿cómo han sido después releídos? ¿Desde dónde se escribió la historia en el siglo XX? Los historiadores del siglo XXI ¿participamos de un nuevo punto de vista?

Fue en el siglo XVIII —explica Luise Enkerlin Pauwells— cuando surgió el interés por la vida prehispánica de los pueblos. A las colecciones de Lorenzo Boturini siguieron historias generales que por primera vez rebasaban las cronologías de fundaciones eclesiales y obispados, para retomar a los cronistas, pinturas, escudos de armas, listas de tributos, códices, así como a los documentos producidos por las comunidades indígenas. Los letrados dieciochescos —no pocas veces religiosos, como el padre Alzate o Pablo Beaumont— recurrieron al rescate de los “restos de las antiguas culturas” y “piezas de museo” por una curio-

sidad intelectual que, atravesada por la identidad criolla, se manifestó durante la Independencia.

La historiografía se muestra claramente como la reconstrucción de la historia en contexto. Fue hasta el siglo XX que fueron publicadas las obras de los religiosos regulares y seculares de los siglos XVII y XVIII sobre Michoacán. Benedict Warren retomó en sus libros *Vasco de Quiroga y sus pueblos-hospitales de Santa Fe* y en *La Conquista de Michoacán* aquello que se había escrito en siglos anteriores. Sus libros, publicados en 1977 por la editorial michoacana Fimax Publicistas, al mismo tiempo que otras colecciones paleografiadas, facsimilares o transcripciones de libros antiguos, hablan de un contexto de producción, tal como lo muestra en *Abriendo Caminos* Adriana Pineda Soto. Esto también explica por qué fue después de la Conquista, cuando se hizo coincidir al “corazón del señorío tarasco” con el Obispado de Michoacán, relegando así a los nahuas de la costa y Tierra Caliente, a los matlatzincas, otomíes o a los mazaahuas del oriente. La historia “es la representación dinámica de un pasado, que se interpreta y reinterpreta de forma diferente una y otra vez, de cara a diversos intereses políticos y económicos de una sociedad hegemónica, por lo que debe estar en continua revisión” (pp. 95-96).

Sin duda, Benedict Warren es una de esas personas que provoca encuentros excepcionales y hace girar a su alrededor, sin proponérselo, a terceros interesados en avivar su descubrimiento. En este renglón —tal como nos lo dejan ver los artículos de Angélica Afanador y de María Isabel Estrada— ubicamos

a los “numerosos arqueólogos, geógrafos, críticos literarios e historiadores” tanto de México como de Estados Unidos y otros países, con los que estructuró una vida que fue mucho más allá de la academia. Al lado de Patricia Hyde, quien además de ser su compañera fue cómplice en el rescate de archivos como los Registros Sacramentales de la Catedral, o de Carmen Alicia Dávila Munguía, quien conoció y trató a Ben Warren, crearon juntos una atmósfera propicia en la que más y más proyectos surgían de sus interminables charlas.

Por lo mismo, no parece casual que Agustín García Alcaraz, que a los veinticuatro años se había ordenado sacerdote, coincidiera con Warren luego de que había renunciado a la orden franciscana hacia 1967. Aquel fue el traductor de Warren y ambos fueron hijos del Concilio Vaticano Segundo, que hizo coincidir en las aulas, vecindades, comunidades campesinas y grupos estudiantiles a los militantes más radicales de izquierda con los seminaristas marcados por la teología de la liberación. De esta generación activa durante la década de los setenta y primera mitad de los ochenta nos habla Alberto Carrillo Cázares. Aquel fue un periodo catalizador de movimientos sociales que en Michoacán se proyectaron en la figura de Vasco de Quiroga, porque en aquel periodo ser un combatiente social no sólo era permisible sino casi exigido. Y la utopía quirogiana fue materia de reflexión para mejorar el entorno social. En ese contexto García Alcaraz y Warren —juntos, tal como nos lo deja saber en su exposición Carlos Paredes Martínez—

llegaron muy lejos. La obra que tenemos en las manos muestra los sedimentos de la historia tarasca y purépecha, describiendo por tanto las sucesivas reinterpretaciones de las prácticas indígenas, así como a la figura del Tata Vasco, convertido en un personaje clásico.

La compilación de artículos presentados en *Abriendo caminos* permite al lector informarse sobre la situación de las investigaciones del hoy lamentablemente atribulado estado de Michoacán. Al darnos a conocer la vida y obra de Joseph Benedict Warren los autores muestran el recorrido de un quehacer historiográfico a lo largo del siglo XX, desde el cuestionamiento a la historia nacional hegemónica, abierto luego de las guerras mundiales y el periodo de los fascismos, hasta que la narración histórica y la lingüística se fundieron en un giro.

Todos ellos tienen la particularidad de hacer una lectura introspectiva de las fuentes documentales que emplean. A partir de la *Descripción de la provincia de los apóstoles San Pedro y San Pablo*, escrita por Fray Diego Muñoz en el siglo XVI, Patricia Escandón no sólo logra dibujar los conflictos territoriales entre Michoacán y Nueva Galicia, sino también mostrar cómo los textos escritos por los regulares fueron opacados luego del ascenso del poder secular y el arzobispado.

Para referir al linaje y relaciones de poder, Andrew Roth Seneff reconstruye —comparando su propuesta con la “existencia de un nivel de diferenciación social característica de los Estados mesoamericanos” de Paul Kirchhoff— las convenciones con que los enfoques narrativos y rasgos simbólicos han legitimado

el control del usufructo en uno de los títulos primordiales más antiguos, que es el de la *Historia tolteca chichimeca*.

La narración de Carlos Paredes refiere la readaptación dirigida por el encomendero español Juan Infante de las distintas políticas reales respecto al tributo, trabajo y derecho a las tierras. Con ese personaje no sólo muestra la manera en la que transformó el territorio en un sistema productivo que fue de la agricultura a la explotación minera y de la distribución de productos tributados a la ganadería, sino también sugiere la coincidencia de ese territorio conquistado por Infante con la zona tarasca que, en el pasado prehispánico, encabezó el intercambio de riquezas naturales entre los antiguos pueblos de la región. La complejidad de referir a toda una época a partir de un único personaje también se muestra en el artículo de Wakako Yokoyama, “Francisco Lorenzo, un pintor indígena patzcuareense a fines del siglo XVI”. Partiendo de un documento condenatorio sobre una infidelidad cometida por Lorenzo, el autor logra dibujar desde un suceso cotidiano un amplio trazo que pasa por la educación de los religiosos regulares, el rol de los indígenas en el aprendizaje de oficios y llega hasta el escenario global de los artesanos en Nueva España.

Las investigaciones se han enriquecido con métodos vertidos de la cartografía, permitiendo reconstruir el crecimiento del “Michoacán nuclear” al “Gran Michoacán” diocesano, tal como lo hace Francisco Miranda Godínez al traducir de las “visitas”, el proceso en que se crearon las provincias, obispados y lí-

mites jurídicos que sirvieron como fronteras de aquel territorio disputado y subdividido hasta que en el siglo XIX quedó regido por el arzobispado de Morelia. Los lazos entre la arqueología y la historia a los que refiere Helen Perlstein para explicar prácticas culturales del estado tarasco-purépecha o el horizonte desde el que escribe Ricardo Aguilar para resaltar las relecturas obligadas que muestran el contexto y las finalidades de documentos, como la *Relación de Michoacán*, abren el espacio para el tercer apartado del libro, en el que los usos del lenguaje disputan contra títulos anacrónicos

La última sección del libro nos confronta con los usos lingüísticos del purépecha, tarasco u otomí. Refiriendo a la tradición lingüística, semiótica, semiológica y hermenéutica, los autores concentran su atención en “el concepto mismo de lengua, la relación entre uso y sistema, la relación entre lengua y cultura, así como la relación entre variación sincrónica y cambio lingüístico” (p. 453) para mostrar los equívocos con los que se han interpretado las funciones y reflexiones gramaticales del tarasco y del purépecha. Siguiendo la veta del *Diccionario Grande* de finales del siglo XVI, del *Cathecismo Breve en Lengua Tarasca* de Botello de 1765, del *Arte de la Lengua de Michuacan* compilado por Gilberti en 1558 o el *Arte y diccionario con otras obras de Lagunas*, elaborado en 1574, se reinterpretan las grafías contenidas en esos documentos, tal como lo hacen Cristina Monzón García para el año de 1750, para transcribir y diferenciar voces específicas de regiones como la comunidad de Acuitzio —de habla tarasca—; Agustín Jacinto Za-

vala, para detectar la reduplicación de la radical en la lengua purépecha, o Frida Villavicencio Zarza, para referir a la recreación del vocabulario y genealogía que conforma la colección Fuentes de la Lengua Tarasca o Purépecha. En una jerga sólo asequible para lingüistas especializados se desmenuzan antiguas traducciones, como la de *Los siete pecados capitales, presentado por el agustino Juan de Medina Plaza*, de 1575, que realiza Amaruc Lucas Hernández, o la revisión que Moisés Franco Mendoza hace de las versiones de la obra de fray Maturino Gilberti.

En suma, las problemáticas de las investigaciones vertidas en *Abriendo caminos* hablan tanto de Warren como de la historiografía producida desde el siglo XVI sobre Michoacán. Desde la historia de las minas hasta los estudios arqueológicos, pasando por las fluctuaciones de población, la relación entre ha-

cendados, encomenderos, religiosos o la función de los hospitales, el conjunto de la obra aparece como la suma de varias microhistorias.

El libro, como conjunto, es un relato de larga duración que por momentos se remonta al siglo XII para evocar una arquitectura social que ha llegado hasta nuestros días. Los autores son expertos que nos llevan de la mano a través de las preguntas que la historiografía ha planteado para aquel territorio michoacano. Con ellos entendemos las transformaciones culturales en las comunidades indígenas, así como el desarrollo de sus prácticas y sociabilidades. La centralización, el poder o el dominio legítimo, son entretreídos con los lazos heredados y adquiridos del parentesco, la amistad o la vecindad a través del tiempo. Los grupos étnicos, los referentes jerárquicos o las alianzas matrimoniales reestructuran el

territorio michoacano desde tiempos del señorío de Cuauhtinchan.

El libro es también una historia que habla del presente. La dignidad transmitida por Vasco de Quiroga, expresó el traductor y amigo de Joseph Benedict Warren muchos años después, debía traducirse en la consolidación de las comunidades. Para él la enseñanza de la historia tarasca y purépecha debía servir para “defender su tierra”, autonomía, libertad e identidad. Las comunidades indígenas, expresó Agustín García Alcaraz cinco años antes de morir, debían defenderse por ser la “base de la producción” de la familia y “de una organización social” inusitada que nunca debiera perderse. El libro, en fin, es también la historia de una riqueza maltratada, invadida o ignorada ante la “desesperanza de la grave crisis mundial y la miseria en que están sumidas las poblaciones indígenas”.

Crónica cristera: conspiración o resistencia

Beatriz Lucía Cano Sánchez

Jorge Gallardo Pavón, *Los cristeros sin rifle*, México, Plaza y Valdés, 2013, 164 pp.

La guerra cristera ha generado una importante producción de

obras testimoniales que incluye novelas, películas, crónicas, cuentos, biografías y memorias. De estas últimas, en específico, se cuenta con un acervo bastante reducido, debido, entre otras situaciones, a que muchos de los participantes decidieron establecer una distancia con los acontecimientos en los que

se vieron inmiscuidos, ya fuese con las armas en la mano o a través de las conspiraciones. Uno de esos testimonios que destaca dentro de la historiografía cristera ha sido sin lugar a dudas el de María Concepción de la Llata, mejor conocida como la madre *Conchita*, personaje al que se le involucró en